

SOBRE LAS BANDERAS BRASILEÑAS

(BREVÍSIMA NOTA)

El hecho de haber estado ausente del país cuando apareció el tomo II de *Humanidades* (1921), en cuyas páginas 95-167 aparece la conferencia de Clemente L. Fregeiro, leída en la Junta de historia y numismática americana en julio 5 de 1920, y que lleva por título *Banderas imperiales del Brasil existentes en el Museo histórico nacional*, explica que sólo ahora haya tomado conocimiento de tan interesante trabajo. Llámame la atención, dada la conocida meticulosidad de aquel conocido y reputado investigador, que no mencione en parte alguna el libro de José Carlos de Macedo Soares, *Falsos tropheos de Ituzaingo* (São Paulo, 1920, 1 vol. de 155 págs.), fruto de un muy detenido estudio de todo lo referente a dichas banderas cuyas monografías reproduce. La publicación de la monografía de Fregeiro, al año de haber aparecido ese libro en el Brasil y de haber profusamente circulado en el Río de la Plata, no permite silenciarlo en forma alguna: como Macedo Soares cita frecuentemente y con encomio al propio Fregeiro, y uno y otro me hacen a la vez el honor de citarme con motivo de mi monografía de 1893 — que, entonces, trató de agotar « la literatura de la cuestión » en sus fuentes impresas e inéditas, — considero que no se debe aparecer como ignorando la existencia del recordado libro brasileño. Por más que se disienta con él, no cabe silenciarlo; omitir toda referencia al mismo, es voluntariamente dejar incompleto cualquier trabajo posterior.

Permítome, por ello, reproducir la carta que dirigí al autor brasileño al recibir su libro y de la cual no tuve contestación.

Mi ausencia posterior interrumpió dicha correspondencia, de modo que ignoro lo que al respecto haya opinado aquél. He aquí la carta, datada en Buenos Aires, a 19 de enero de 1921: « He recibido su libro *Falsos tropheos de Ituzaiingo* y le agradezco vivamente la fineza del envío. Lo he leído con el interés que usted se imaginará. En primer lugar, permítame que lo felicite por la hermosura de la presentación tipográfica. En segundo lugar, su investigación resulta asaz completa por lo que toca a las fuentes argentinas, pero no así respecto de las brasileñas. Creo que eso hace involuntariamente desmerecer su trabajo como monografía de crítica histórica: « No preciso — dice usted — apoyarme en la valiosa documentación brasileña: me bastan las pruebas recogidas en los archivos y en la bibliografía argentinos y uruguayos. » Entiendo que ese concepto no es el apropiado. Bastará, para ello, que le llame su atención hacia este punto capital. Cada una de las banderas brasileñas indica el cuerpo a que perteneció, y, como en todo ministerio de la guerra bien organizado se conservan los archivos de los cuerpos militares, es evidente que en los papeles del cuerpo respectivo tiene que encontrarse registrado el hecho de la pérdida de la bandera respectiva. Si hubiere usted hecho esa investigación, podría aducir el dato fehaciente del lugar, fecha y modo, como cada una de esas banderas se perdió y pasó a manos argentinas. Porque el hecho evidentísimo es que, aún en la hipótesis de no haber sido tomadas en la batalla misma de Ituzaiingó, esas banderas brasileñas han pasado a manos argentinas durante la guerra y son, por lo tanto, trofeos militares. Podrá discutirse la leyenda actual, que las señala como trofeos de Ituzaiingó, pero no cabe poner en duda que son trofeos de guerra. Su proposición de que nuestro gobierno dé al pueblo y al mundo un bello ejemplo de dignidad y de altruísmo y principalmente de respeto a la verdad histórica, entregando al Brasil las cinco banderas imperiales, que no fueran tomadas de manos de soldados brasileños y que figuran todavía en el Museo histórico nacional, de Buenos Aires, en la sección « Guerra del Brasil », no tiene, entonces, fundamento serio, pues lo único que cabría sería el cambio de la leyenda substituyendo las palabras « Guerra del Brasil » por « Batalla de Ituzaiingó », desde que el hecho material

de encontrarse en manos argentinas y haber sido tomadas en dicha guerra, les asigna su estricto carácter de trofeos militares, pues siempre pasaron de « manos de soldados brasileños » a manos de soldados argentinos. Sabe usted — y lo comprueba con las cuidadosas notas de mi libro *La batalla de Ituzaingó* (Buenos Aires, 1894, si bien usted cita sólo el texto publicado en el t. XVII de la *Revista Nacional*) — que, del punto de vista de la crítica histórica, he reconocido que esas banderas no fueron propiamente tomadas en la batalla, sino que, como lo reconoce la transcripción que usted hace en la nota 90, « parece fuera de cuestión que fueron efectivamente tomadas en el tren de guerra, pero el hecho de no ser arrancadas de las propias manos del enemigo en la batalla misma, no les quita su carácter de trofeo de guerra, pues fué realmente durante la acción y a punta de sable que fueron conquistadas ». De todas maneras, su bello libro es una importante contribución histórica, si bien su patriotismo, sin quererlo, le quita el carácter de juicio objetivo de crítica histórica y lo convierte en alegato nacional. Con todo, lo felicito por su libro, que no deberá faltar en la biblioteca de todo estudioso americano. »

Mi objeto, en esta breve nota, es simplemente llenar el vacío de la referencia al libro de Macedo Soarez, de 1920. Entiendo que el doctor Alberto Palomeque tiene entre manos un trabajo en el cual dilucida igualmente el punto. Cuando se haya así debatido la cuestión, sacando a plaza toda la argumentación crítica por ambas partes, será entonces llegado el momento de volver a ocuparse del tema: posiblemente ha quedado algo todavía, entre las fuentes inéditas y quizá entre los impresos, que convendría traer a colación. Lo que de una y otra parte se busca es esclarecer objetivamente una cuestión histórica, sin el apasionamiento de los coetáneos ni los prejuicios de patriotismo de los póstreros, sino como problema de crítica histórica, que examina todos los elementos de juicio sin omitir uno solo.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires, diciembre de 1922.